

Testimonio de
Alfred Haehl

**VIDA Y PALABRAS
DEL MAESTRO PHILIPPPE**



Escuelas de Misterios Ediciones
Barcelona

© 2002 por Escuelas de Misterios Ediciones, SL.

Gran Vía 617 Bajos 3º. 08007 Barcelona. España

Tel: +34 3 302 74 76 - Fax: +34 3 302 38 55

Email: qblh@qblh.es - Web: www.escuelasdemisterios.com

Primera Edición: octubre 2002

Asesor Editorial: Enrique San Juan

Diseño gráfico y maquetación: Montse Díaz

Traducción: Ramón González y Carmelo Ríos

Corrección de estilo y tipográfica: Xavi García

Adquiéralo a través de internet en: www.iniciatica.com

ISBN:

Depósito legal:

Título original:

Impreso en España

Todos los derechos reservados. No esta permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, registros o por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor.

A partir del día en que conocí al Maestro Philippe, éste ha ocupado siempre un gran lugar en mi vida; por eso mismo, en mi fuero interno, siempre deseé poner en evidencia sus actos y sus palabras, escribiendo todo cuanto veía y escuchaba.

Durante años, los numerosos amigos del Maestro que he frecuentado han puesto espontáneamente a mi disposición documentos auténticos que le concernían, y todas las notas que tenían sobre su vida y sus conversaciones.

De esta colaboración ha nacido la presente obra.

Alfred Haehl

INTRODUCCIÓN

En 1.899 leí en la revista *La Iniciación*, un artículo, que firmaba su director, Papus (Dr. Gérard Encausse), titulado “ El Padre de los pobres “. En esas páginas, el autor hacía un emotivo panegírico del Maestro Philippe, aunque sin nombrarle directamente. Experimenté entonces el imperioso deseo de conocer a este ser de sobrehumano resplandor. Inmediatamente abandoné Estrasburgo, para dirigirme a París, junto a Papus. Éste me dispensó una muy cordial hospitalidad, y, algún tiempo después, me acompañó a Lyon para presentarme al Maestro Philippe.

El encuentro tuvo lugar en el laboratorio del Maestro, situado en la calle Boeuf, número 6, al pie de la colina de Fourvière. La planta baja constaba de dos habitaciones, una daba a la calle, y la otra, el laboratorio propiamente dicho, daba a un patio interior.

Llevábamos algunos instantes esperando en la pieza contigua al laboratorio, cuando la puerta que comunicaba las dos habitaciones se abrió y, enmarcado por la luz, surgió un hombre de talla media, de unos cincuenta años de edad. Era el Maestro Philippe. Esta aparición suscitó en mí una profunda emoción. Como respondiendo a una silenciosa llamada, todo mi ser tendía hacia él.

Inmediatamente, con paternal tono de voz , me dijo, para mi total asombro: “ ¡ Ah !, ¡ ya estás aquí !. ¡ Ya era hora de que vinieses ! “. Su tuteo no me sorprendió; al contrario, me parecía tan natural, que creo que me hubiese apeñado si no lo hubiera utilizado.

Papus le invitó a almorzar y él aceptó. A mediodía, volvimos a vernos en un conocido restaurante de la ciudad donde estaba en com-

pañía de otros cuatro invitados, uno de los cuales era el doctor Lalande, yerno de Philippe. Servían en ese instante canapés de tordo, sin embargo el Maestro Philippe, que presidía la comida, no tomaba ni uno, al contrario, iba diciendo a los comensales con dulzura:

—“ El hombre no debe comer pájaros; no fueron creados para su alimentación ”.

Le dijo entonces una señora:

—“ Pero V.d. come, aparentemente, sin problema carne de buey ”.

—“Efectivamente, como, respondió; lo hago para que a tí te sea permitido hacerlo ”.

Un profundo silencio interrumpió la conversación, hasta entonces animada. Yo reflexionaba. Todo esto era tan nuevo, y tan inesperado. Y, sin embargo, esa dulzura, esa benevolencia se imponían naturalmente dentro de mí.

A las 2 h. volvimos al chalet donde Philippe vivía, calle Tête d’ Or, número 35. Allí, en una gran sala del primer piso, tenían lugar las diarias reuniones con el Maestro. La sala estaba amueblada con largos bancos de madera maciza, de tal forma que unas ochenta personas podían sentarse; también había una mesa de despacho instalada contra la chimenea de mármol que se encontraba al extremo de la sala. Unas cortinas de color amarillo pálido suavizaban la luz que entraba por las grandes ventanas.

Cuando llegamos la sala estaba llena de gentes que pertenecían a todas las clases sociales, había además muchos enfermos y lisiados. Al entrar Philippe, un respetuoso silencio le acogió. Cerró la puerta tras de sí para que los retrasados, que debían esperar en la sala inferior o en el patio, una segunda audiencia, no perturbasen la reunión. Inmediatamente, se dirigió uno tras otro a las personas allí presentes. Cada uno le confiaba, en voz alta o baja, sus preocupaciones o las de las personas aflijidas por las que venían a pedir.

Ese día escuché cómo decía Philippe a una anciana enferma: “ ¿ Está mejor tu gato ? ”. Y ésta respondió : “ Sí, he venido para agradeceróslo ”. Entonces dirigiéndose a todos, el Maestro dijo: “ ¿ Sabéis lo que estaba haciendo esta mujer ayer a las diez de la noche ?. Rezaba por su gato enfermo, y el gato se ha curado ”. La mujer asentía a todo lo que Philippe decía mientras la sala entera reía. Lo que esta señora había hecho la víspera en el secreto de su casa, lo ignoraba la asistencia, ; pero Philippe, sólo él, lo sabía !

Continuando con la consulta, se detuvo ante un hombre de cierta edad. Antes de que éste abriera la boca. Philippe le dijo: “ El Cielo te

concede lo que deseas “; y, volviéndose hacia nosotros, añadió: “¿Queréis saber por qué este señor obtiene inmediatamente todo lo que pide ?. Porque ha hecho numerosos esfuerzos para corregir sus defectos “.

El Maestro Philippe conocía la vida y los pensamientos de este hombre, que había obtenido tan rápidamente lo que deseaba, porque luchaba por mejorar.

Llendo de uno a otro, siempre tenía una palabra para cada persona.

Cuando se planteaban preguntas sobre sufrimientos o dificultades, respondía con afecto y con una autoridad que se imponía, pues se comprendía que leía fácilmente en los espíritus y en los corazones. Los enfermos tendían sus manos hacia él y él les animaba, aliviándoles o curándoles. Le dijo a una persona: “ Tu marido está mejor, da gracias al Cielo “. A otra: “ Tu hijo está curado, ahora te es preciso pagar. Pero no con dinero puesto que no es eso lo que yo pido, sino no hablando mal de tu prójimo durante un día “. Después, señalando a un lisiado, dijo:

“ ¿ Queréis rezar por este enfermo y prometerme que no hablaréis mal de nadie durante dos horas ? “. Todo el mundo respondió: “ Sí “. Tras un instante de recogimiento ordenó al doliente dar una vuelta a la sala. Éste se levantó y, ante la estupefacción general, caminó sin muletas y sin ayuda. Exclamaciones y gritos de alegría expresaron la emoción y la gratitud de la asistencia; las lágrimas corrían.

Me comprenderéis si, al término de esta jornada, para siempre memorable, decidí no acompañar a Papus en su viaje de vuelta a París, y permanecer en Lyon.

* * *

Al día siguiente, a las 2 h., me dirigía apresuradamente hacia la calle Tête d’ Or. Aún pude ver como el “ Padre de los Pobres “ realizaba más curaciones milagrosas. Tras la audiencia, Philippe me invitó a subir con él al segundo piso, donde se encontraban sus habitaciones. Allí se ocupaba en despachar su voluminosa correspondencia, me quedé estupefacto al ver a este hombre, tan caritativo y solícito a la hora de escuchar las desgracias del prójimo, tomar las cartas y arrojarlas una tras otra a la chimenea sin ni siquiera llegar a abrirlas

o, mucho menos, leerlas. La verdad es que él conocía perfectamente sus contenidos sin tener necesidad de ojearlas. Y, como si quisiese convencerme de que, en efecto, lo sabía todo, me repitió súbitamente y sin cambiar una sola palabra una conversación que yo había mantenido tres años antes con mi jefe de negociado en la patio de la fábrica de la cual yo era co- director. Exclamé: “ ¿ Cómo podéis saber lo que he dicho y hecho hace tres años, cuando todavía no me conocíais, estando a solas con Léon en el patio de la fábrica y a 500 Km. de aquí ? “. Me respondió con la mayor tranquilidad del mundo: “ Yo estaba allí “.

Tras haber echado al fuego aquel montón de cartas, comenzó a prepararse para ir a la estación de San Pablo, ya que tenía que tomar el tren de L' Arbresle, puesto que allí residía durante los veranos; me preguntó entonces: “ ¿ Quieres acompañarme hasta la estación ? “. Asentí con prontitud y el trayecto que recorrí junto al Maestro me pareció muy corto. Me despedí de él agradeciéndole todo muy calurosamente, y confiándole mi deseo de permanecer cerca de él y de seguirle.

A la extrañeza y emoción que había suscitado en mí todo lo que había visto y oído en esos dos días, se sucedió en mi interior una inexpressable alegría. Este divino encuentro daba bruscamente una nueva orientación a mi vida. Posteriormente, todo se arreglaría para que yo pudiese permanecer en Lyon y tener, además, la gracia de vivir cerca del Maestro en una intimidad casi cotidiana hasta el momento en que abandonó este mundo.

Algún tiempo más tarde, el Maestro me invitó a almorzar en su casa de la calle Tête d' Or. Tras la comida, me dijo: “ Mi familia y yo nos vamos a la estación del Este pues tenemos que coger el tren para Loisieux, donde está mi casa natal “. Estaba imaginando lo feliz que me haría el poder verla, cuando Philippe, respondiendo a mi pensamiento, me dijo: “ Ya te la enseñaré “.

Unos instantes más tarde, Philippe y los suyos subían al coche y partían. Iba yo a despedirme de la Señora Landar, su suegra, cuando la criada, Félicie, bajó corriendo la escalera gritando: “ Dios mío, el Señor Philippe ha olvidado su pipa “. Se la pedí y tomé un coche de punto para llevársela. Encontré al Maestro Philippe justo delante de la estación, me acerqué y le tendí la pipa, guardada en su estuche.

- “ Ya tengo dos “, me dijo .

- “ ¿ Voy a devolvérsela a Félicie ?.

- No, ve a la sala de espera a dar los buenos días a mi mujer “.

Cerca de la Sra. Philippe estaba su hija que, al verme, exclamó:
- “ ¿ Viene a Loisiejux con nosotros ?

- No, he venido solamente a traer la pipa al Señor Philippe “.

Se marchó corriendo y volvió con su marido, el doctor Lalande, quien me entregó un billete para Saboya.

Al descender del tren, cogimos un coche de cuatro plazas; me senté junto al cochero. Llovía, yo iba pensando: “ ¡ Vaya bronquitis que voy a coger ” !. Al momento Mme. Lalande me llamó diciéndome: “ Mi padre acaba de decirme que nadie pasará frío “.

Una vez llegados, el Maestro Philippe me llevó a visitar su pequeña casa natal, habitada por su hermano Auguste. En la planta baja, había una única habitación con una gran chimenea y, contra el muro, un antiguo reloj de péndulo. Una escalera conducía al primer piso, en el cual nació Philippe. Me enseñó el jardín, la cuadra, el manantial, después la iglesia en la que había sido bautizado y en la cual, y ante su presencia, me casaría más tarde.

* * *

Muchos fieles oyentes, deseosos de conservar lo mejor posible las enseñanzas del Maestro Philippe, tomaban notas durante las reuniones o bien escribían cuando volvían a sus domicilios lo que lo que habían visto y oído. También sus familiares anotaron sus conversaciones y los acontecimientos de su vida.

Todas estas personas con las cuales tuve relación, y cuya lista se cita un poco más adelante, me fueron confiando poco a poco, como ya he dicho, los manuscritos que compusieron entre 1.889 y 1.905. A estos testimonios he añadido también el mío propio; es natural, pues he intentado salvar del olvido palabras y actos que son eco de las palabras y los acontecimientos que, hace veinte siglos, cambiaron el mundo.

Sin embargo, sería imposible que un volumen como éste contuviese todo lo que pude conocer sobre el Maestro Philippe; me ha sido forzoso, por consiguiente, hacer una selección, y he agrupado lo mejor que he podido los textos recogidos, siguiendo un plan tan lógico como me ha sido posible discurrir. De esta forma, el lector podrá tener una visión general de los temas tratados, pero jamás ha de olvidar que las palabras del Maestro Philippe se aplican a menudo a ca-

sos particulares. Él mismo decía: “ En las sesiones cada uno oye lo que debe oír “. Lo que significa que muchas de sus palabras eran incomprensibles o escapaban a ciertos oyentes. Esta diversidad de comprensión, estas lagunas, se traducen por variantes en los escritos que han llegado a mis manos.

Las temas elegidos son necesariamente fragmentarios, y nadie podrá pretender decir que constituyen “ la enseñanza del Maestro Philippe “, pues éste jamás expuso teoría alguna siguiendo nuestros hábitos intelectuales. Frecuentemente, decía que nuestros conocimientos no son sino imágenes y nuestra mente un espejo, y añadía: “ Si alguien amase a su prójimo como a sí mismo, lo sabría todo “.

Lo que el lector encontrará en estas páginas son orientaciones que revelan, con luminosa simplicidad, los medios para realizar en la vida cotidiana los grandes preceptos evangélicos: oración, humildad, amor al prójimo y a todas las criaturas, y aceptación del sufrimiento.

Pero, ciertamente, lo que este libro no puede transmitir es el ambiente en el que transcurrían estos encuentros, la impresión de paz que se experimentaba cerca de este ser único, su tono de voz, la luz que emanaba. Desdichadamente, aún sigue siendo intraducible la inmensa bondad que irradiaba, la victoriosa energía que brotaba de toda su persona; la seguridad, más fuerte que cualquier razonamiento, que nos comunicaba, infundiéndonos al mismo tiempo buena voluntad y valor; esta comunión con el sufrimiento humano, esa potencia de consolación no la olvidará jamás ninguno de los que le dirigieron su angustiosa y desesperada llamada. Sin embargo, puesto que el Espíritu de Dios habla también a nuestro espíritu a través de los libros, expreso mi deseo de que el lector sienta, al leer las palabras que he transcrito, lo mismo que yo experimenté cuando las oí.

* * *

Estos son los nombres de los que han recogido las palabras y las anécdotas que componen esta obra:

Auguste Philippe, hermano del Maestro.

Victoire Lalande, hija del Maestro, primera esposa del doctor Lalande.

Doctor Emmanuel Lalande, yerno del Maestro Philippe.

Marie Lalande, segunda esposa del doctor Lalande.

Jean Chapas, el discípulo más cercano al Maestro.
Louise Chapas, esposa del anterior.
Doctor Gérard Encausse (Papus).
Sédir, escritor místico.
Benoît Grandjean, experto contable.
Laurent Bouttier.
Jean- Baptiste Ravier.
Jules Ravier, hijo del anterior.
Jacques Comte.
Condamin- Savarin.
Golfin de Murcia, secretario en la delegación de Cuba.
Auguste Jacquot, ingeniero.
Marie Glotin.
Hausser.
René Philipon.
Raoul Sainte- Marie.
Quien esto escribe, Alfred Haehl.

RETRATO DEL MAESTRO PHILIPPE

El Maestro Philippe era de talla media, de aspecto muy sencillo. Tenía los cabellos finos y muy negros, solía llevarlos bastante largos. Sus ojos, de color cambiante, eran ordinariamente marrones muy claros, salpicados de lentejuelas doradas. Su mirada era de una dulzura penetrante; viva y móvil, a menudo se dirigía más lejos que el objeto o la persona contemplados, a veces también era imperativa.

Unas veces su actitud era pensativa y grave, otras erguía el busto y la cabeza, aclarándosele la tez y el color de los ojos; entonces resplandecía.

Caminaba mucho pero sin acelerarse. Jamás apretaba el paso, jamás estaba inactivo. De una gran habilidad manual, podía hacerse él mismo sus propios instrumentos para el laboratorio. Fumaba mucho y no se concedía sino muy poco tiempo de sueño.

En su incansable actividad, sabía disponer de tiempo para echar una partida por la noche en familia, para ir a la cervecería o para acudir al teatro con los suyos. A menudo bromeaba con bondad para, las más de las veces, alumbrar de repente un pensamiento elevado.

Nunca mostró preferencia por alguna clase social; de una exquisita cortesía para con todo el mundo, hablaba siempre con una indulgente simplicidad. Pero, más allá de esta benevolencia, una autoridad y una libertad transcendentales emanaban de él. En efecto, así era, pues como dice el doctor Lalande:

“era tan grande en conocimiento, tan libre, que ninguna de nuestras medidas se adaptaban a él. Lógica, moral, sentimiento de fami-

lia, todo esto no era para él lo mismo que para nosotros, pues ante él se representaba la vida entera con el pasado y el futuro unidos en un único todo espiritual; no sólo era capaz de conocer la naturaleza, esencia, razones, leyes de la vida, sino que poseía, además, alguna capacidad en su administración y gobierno... Con sus ejemplares acciones, sus curaciones físicas y morales, ya fuesen actos de ciencia o milagros (es decir, para nosotros de superciencia), daba también pruebas de que su enseñanza era verdadera “.

Adquiera ahora su ejemplar de

Maestro Philippe en

iniciatica.com

vida iniciática en internet

www.iniciatica.com